

La rebelión de las gordas

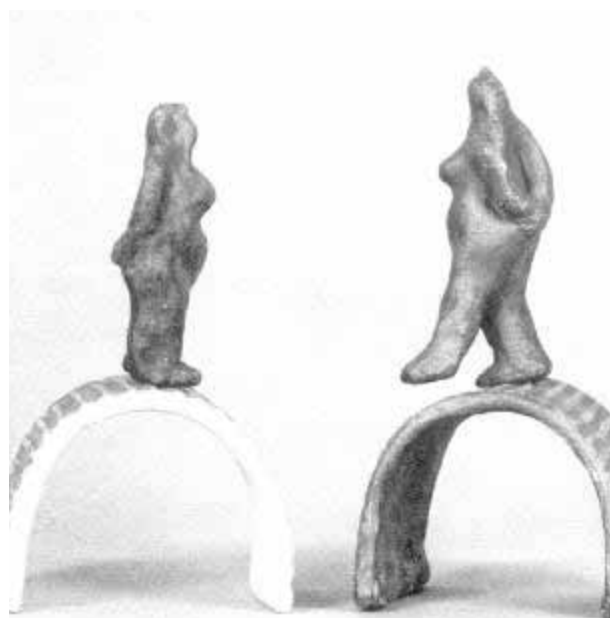


EVE GIL

La lectura de la divertidísima primera novela de Jennifer Weiner, *Bueno en la cama* (Umbriel, 2003, traducción de Eduardo G. Murillo), me ha inspirado las siguientes reflexiones. Para empezar, valdría la pena resumir la citada novela: la heroína, una joven periodista llamada Connie Shapiro, nunca se ha percibido a sí misma como “gorda”. Jamás ha tenido dificultad para atraer a los hombres (se supone, o al menos eso nos han inculcado los “cocowash” de los medios de comunicación, que una mujer que tenga kilitos de más no resulta atractiva en lo absoluto), antes bien, se considera hermosa (le han dicho muchas veces que lo es) y sí, ha llegado a preocuparse por su figura, como cualquier persona. Pero todavía es capaz de zamparse una bolsita de M&Ms sin experimentar el menor remordimiento.

Un día decide dar por terminado un noviazgo de varios meses, y el despechado sujeto se vengará escribiendo un artículo para una revista titulado “Bueno en la cama” (que ya de entrada es de una fanfarronería intolerable), el cual empieza diciendo: “Nunca olvidaré el día en que descubrí que mi novia pesaba más que yo...”. Ya imaginará el lector lo que sintió la bella Connie al leer esto (que es apenas una frase de una grotesca disquisición de un hombre que se considera merecedor

del cielo por haber amado a una “gorda”), por supuesto, empieza a experimentar ese odio por su cuerpo que se nos ha inculcado a todas (y a todos), con mucho más énfasis que en otras épocas, porque según los inhumanos cánones estéticos que nos rigen actualmente, cualquier persona que no sea flaca es sencillamente gorda. No existen términos medios, se es o no se es. Antes, al



Margret Kohler H.

menos, los gorditos (y me refiero a personas no “llenitas”, término que prácticamente ha pasado a la historia, sino a gente verdaderamente obesa) resultaban simpáticos, ahora, se les considera seres enfermos. Veinticuatro horas al día se nos bombardea en radio y televisión con spots que asocian prácticamente todas las enfermedades habidas y por haber (todas, menos el sida... por lo pronto) con la gordura, cuando no hace mucho se alertaba acerca de los peligros de la bulimia y la anorexia, las que han pasado a un segundo y hasta tercer plano –aunque la gente siga muriendo como moscas por tales males– para enfocar su campaña satanizadora hacia enfermedades como las cardiovasculares, la diabetes y hasta la osteoporosis, de las cuales, dicen, la gordura tiene la culpa. (Aunque le apuesto, amigo lector, que usted conoce a hipertensos, diabéticos y osteoporóticos más delgados que un fideo).

Volviendo a la novela de Weimer, uno de sus grandes aciertos consiste en que la humillada protagonista no resuelve matarse de hambre ni suicidarse por no tener las medidas de Charlize Theron. Jennifer Weimer, ella misma una bien dotada mujer de talla XL, con una inteligencia lo bastante ancha como para ponerse a medir al mundo en centímetros como insisten en hacer con ella, opta por reírse, no de su gordita (que ríe también) sino del mundo que insiste en portar una báscula en la cabeza y, por tanto, no tiene lugar para ponerse a pensar. Sin embargo, el detonante de esta escritura no fue su propia gordura (insisto: me choca tildar de “gorda” a una mujer que treinta años atrás hubiera sido considerada una Venus), sino la de Mónica Lewinsky, acaso la gordita más vilipendiada del siglo xx. Weimer se percató de que no fue en sí el hecho de que Clinton y su amante “profanaran” la Casa Blanca (a la que por otra parte ya le hacía falta algo de acción), sino que hubiera engañado a su esposa Hillary (a la que también molestan continuamente por su “gordura”... bueno, ¿a quién no?) con otra más

gorda aún. “Había problemas de perjurio, de infidelidad, de tratar a los empleados de una manera que habría provocado el despido de cualquier director general, ¿y qué hacía nuestra cultura? Chistes sobre gordos. Comentar que el presidente habría podido traicionar a su esposa (a su gorda) con una belleza más estereotipada.” La propia Connie, cuando intenta defender a Lewinsky a través de sus artículos, de inmediato recibe una retahíla de e-mails que dicen: “Sin duda serás gorda también”. Así pues, la “gordura” de Connie, una Ninón Sevilla pasada de moda como muchas de nosotras, es el pretexto de Weimer para retratar a esta sociedad que es como nunca incapaz, parafraseando al principito de St. Exupery, de ver lo esencial, que es invisible. Irónicamente, Weimer, como Connie y hasta la propia Lewinsky, sin dejar de mencionar a la sublime heroína de Guy de Maupassant, Bola de Cebo, poseen unos rostros divinos por el que cualquier flaca mataría (finalmente, ser flaca es mucho más fácil que ser hermosa: te matas de hambre y ya), pero tal pareciera que en este incipiente siglo XXI, la estética valora mucho más un cuerpo magro e insípido que una cara hermosa.

Fedro Carlos Guillén, que como esta servidora ha renunciado a entender los patrones de la imbecilidad humana, “que son inconmensurables”, nos dice en su libro *Crónica alfabética del nuevo milenio* (Paidós, 2004): “Por esta tabla de piratas en la que las etéreas víctimas se ofrecen a los tiburones de la moda, aparecen a cada momento y en hilera numerosas jovencitas portando atuendos que deberían generar demandas penales. El hecho significativo es que estas modelos miran a la nada con una cara que en mi casa se conoce como ausencia, y pesan alrededor de treinta kilos (lo que el muslo derecho de una servidora levanta en una báscula). Uno se imagina que al siguiente paso darán de sí, por lo que francamente lo que menos se antoja es comprar el último alarido de la temporada otoño-invierno, sino, en

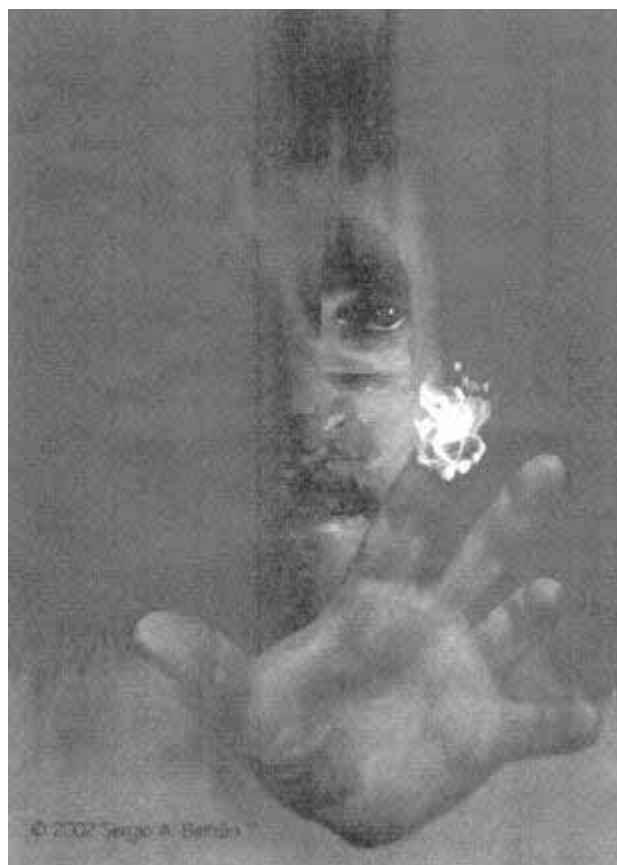
cambio, ofrecerles a estas bellas un licuado de granola para darles un levantón calórico.”

Resumiendo: ahora cualquier persona que no luzca como un cadáver ambulante, es gorda. Y la exigencia se vuelve extrema tratándose de las que somos altas, y que, por medir 1.75 estamos obligadas a pesar 50 kilos, como la tal Gisele Bundchen (o como quiera que se llame ese ente que hace parecer un elefante a la guapísima Claudia Schiffer) y, por si fuera poco, tener tetas postizas, porque nadie que pese lo que pesa la Bundchen puede tener un gramo de pecho, ni de nalga, ni de nada: nos quieren esqueléticas pero muy bien dotadas, qué chistosos. No quiero ni imaginarme cuál va a ser la moda dentro de veinte años, cuando las exigencias hacia las mujeres (y posiblemente hacia los hombres, porque ahora también a ellos se les exige tener cintura diminuta y piernas estilizadas, como Orlando Bloom, guácala) alcancen su máximo límite de estupidez. Seguramente ocurrirá como en aquella película donde Meryl Streep y Goldie Hawn terminan descabezadas por andar en búsqueda de la belleza perfecta, aunque, bien mirado, las mujeres tienden a ser cada vez más feas. La frontera era belleza y fealdad se difumina cada vez más. Ahora ser bella no significa tener un hermoso rostro y unas curvas aeróbicas (¡ah, porque hacer ejercicio sí cuesta mucho trabajo!), sino ser, simple y sencillamente flaca. Pero finalmente, ¿quién tiene la culpa? ¿Los diseñadores gays que insisten en que las mujeres debemos parecer efebos? ¿O las mujeres que hacemos caso a esos estereotipos ridículos, que ni siquiera tienen que ver con nuestra maravillosa constitución latina? (Me cuesta trabajo imaginarme a una cubana, a la que afortunadamente no han estupidizado con las telenovelas y las revistas femeninas, avergonzándose de estar tan buena) e insistimos en hacernos la vida pesada. ¿Por qué en vez de querer parecemos a Britney Spears, por ejemplo, no nos fija-

mos en la curvilínea Beyonce, a la que, acá entre nos, tiene mucho más pegue que la güera desabrida? Los hombres insisten en tener una novia flaca para estar a la moda, pero, que no le digan, que no le cuenten, yo he visto a más de diez tipos que, mientras ostentan a su espátula disecada con orgullo, discretamente desvían sus ojitos hacia un maravilloso trasero femenino, o unas cimbreantes caderas. Nos podrán engañar a nosotros, pero no a nuestros instintos.

Y antes de que alguien me envíe un e-mail diciendo “Sin duda serás gorda también”, pues sí, y estoy mucho más sana que cuando era anoréxica. Soy uno de esos seres privilegiados que sabe lo que se siente pesar 47 kilos y también 90. Y la anorexia es una pesadilla que no le deseo a nadie...mucho peor que estar gorda, pero viva.

evelinamaria@poetic.com



© 2007 Sergio A. Beltrán

Sergio A. Beltrán